

Lucas 24:50-53

Razones para el gozo en la Ascensión Lucas 24:50-53

Ascensión 2000, trad. de sermón en inglés de Garden Grove.

⁵⁰Y los sacó fuera hasta Betania, y alzando sus manos, los bendijo. ⁵¹Y aconteció que bendiciéndolos, se separó de ellos, y fue llevado arriba al cielo. ⁵²Ellos, después de haberle adorado, volvieron a Jerusalén con gran gozo; ⁵³y estaban siempre en el templo, alabando y bendiciendo a Dios. Amén.

Nuestro texto habla de una separación. Habla de la separación de Cristo de los discípulos en la Ascensión. Al mismo tiempo revela la reacción de los discípulos a esa separación. Volvieron a Jerusalén con gran gozo. Eso, seguramente, debe sorprendernos al principio. Cuando pensamos en las separaciones que hemos experimentado de nuestros seres queridos, sea para un viaje de unos días, un tiempo en las fuerzas armadas, un semestre de estudios, o la separación mucho más definitiva de la muerte, nuestra reacción natural ha sido más bien de tristeza que de gozo.

Pero Jesús es un rey. No, por supuesto, un rey con un reino de este mundo, pero aun así, un rey. Ha habido casos en que la muerte de un rey ha motivado gozo más bien que tristeza. Herodes el Grande, por ejemplo, el mismo tirano que asesinó a los bebés de Belén, tuvo tanto temor de que sus súbditos hicieran fiesta cuando se moría que ordenó arrestar a todos los ciudadanos principales del país y matarlos al recibir la noticia de su muerte, para que al menos hicieran duelo por sus parientes, amigos y líderes, si no para él. Tomás Carlyle comienza su historia de la revolución francesa describiendo la tristeza y consternación universal que sentía el pueblo de París cuando parecía que Luis XV iba a morir, tanto que la gente apenas podía orar por tanto sollozar. Treinta años más tarde, una noticia similar produjo poco interés, y unos años después la multitud hizo fiesta cuando oyó de la muerte de Luis XVI y María Antonieta en la guillotina. Pero Cristo seguramente no fue algún tirano para que los discípulos se regocijaron por su ausencia. ¿Qué, entonces, puede haber sido la causa de su gozo cuando Cristo ascendió? Y más importante, ¿por qué tenemos nosotros buena razón para compartir ese gozo? Nuestro tema esta mañana será: Razones para el gozo en la Ascensión. La primera razón es que nuestro Salvador todavía está con nosotros aquí en la tierra. La segunda es que nuestro Salvador también nos llevará para estar con él en el cielo.

Jesús había hablado con frecuencia con sus discípulos acerca de su separación de ellos. El proceso incluía toda la serie de

acontecimientos comprendidos en su sufrimiento, muerte, resurrección y ascensión. La reacción más usual de los discípulos fue rehusar aceptar estas predicciones, y gran tristeza. Así Jesús tuvo que decir a sus discípulos: “No se turbe vuestro corazón”. Conocemos el temor y la tristeza que se apoderaron de los discípulos cuando pensaban que Jesús les había abandonado con su muerte sólo 40 días antes. En este mismo capítulo, Lucas nos habla de la tristeza de los discípulos de Emaús que caminaban y hablaban de la ausencia de Jesús. ¡Qué diferente, y qué inesperado, entonces, esta reacción de gozo de parte de los discípulos cuando vieron al Señor quitado de su vista, escondido por una nube cuando ascendió al cielo.

Pero había fuertes razones para el gozo de los discípulos. Aunque la ascensión parecía ser una separación de Jesús de sus discípulos, realmente no la fue. Más bien, fue el comienzo de una presencia nueva y superior de Jesús entre ellos. Efectivamente, el Salvador todavía está con nosotros en esta tierra. Algún tiempo antes de su ascensión había hablado con sus discípulos y les había dado una tarea específica. Les dijo: “Id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado”. Es evidente que ésta sería una tarea formidable, imposible realmente, con sus recursos limitados. Es decir, sería imposible excepto por una cosa. No irían solos. “He aquí, yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo”.

Esta promesa es muy importante para entender el propósito de la ascensión. Durante el ministerio de Cristo en la tierra, los discípulos experimentaban el consuelo de la presencia física de Cristo. Si tenían algún problema, podían ir con él para que lo resolviera. Si necesitaban instrucción, podían reunirse alrededor de él y recibir su enseñanza. Pero para recibir estos beneficios, tenían que ser seguidores de Jesús físicamente. Tenían que seguirlo en sus viajes a Judea, a Perea, de vuelta a Galilea, por las regiones de Tiro y Sidón fuera de lo que era propiamente Israel, al área conocido como Decápolis. Otros también, para recibir la enseñanza de Jesús, o para ser sanados por él, generalmente tenían que acudir al lugar donde se encontraba. Así leemos de los discípulos que fueron enviados a las aldeas cerca de las rutas de los viajes de Jesús para decir a la gente que él pronto estaría pasando por allí para que pudieran salir a escucharlo. Obviamente, esto estaba bien para el alcance limitado de la misión de Jesús en el tiempo de su ministerio temporal, cuando sólo tenía que alcanzar una nación, la que había recibido las promesas del Mesías. Pero es evidente que no sería adecuado cuando el alcance del evangelio sería el mundo entero. Durante el ministerio terrenal de Jesús, los discípulos formaban un grupo definido que casi siempre se encontraban

juntos, con la presencia de Jesús su punto de reunión. Ahora estos discípulos estarían esparcidos. Como nos cuenta Lucas en Hechos, inmediatamente antes de su ascensión Jesús dijo a sus discípulos: “Me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra”. Así que, un discípulo podría quedarse en Jerusalén, otro estaría en Siria o Asia Menor, otro podría estar en la lejana Roma, y hay razón para creer que algunos de los discípulos viajaron tan lejos como España y la India. Evidentemente, no podían correr a Jerusalén o a Capernaúm cada vez que necesitaban ayuda, cada vez que enfrentaban peligro, cada vez que el trabajo parecía demasiado difícil y necesitaban consejos. Pero eso es lo que habría sido necesario si Jesús se hubiera quedado todavía en la tierra en su manifestación física. Al ascender a su trono celestial, de modo que aun de acuerdo a su naturaleza humana, aun como hombre, pudiera gobernar todas las cosas, realmente pudo estar presente con todos sus discípulos sin importar en dónde se encontraran. Cristo ya no está presente de modo visible en un solo lugar, para que pueda estar presente de modo invisible en todos los lugares.

Tú y yo recibimos también el beneficio de este gran hecho. No es necesario para nosotros hacer lo que tienen que hacer algunos oficiales de provincias con tanta frecuencia, comprar un pasaje y venir a Lima para buscar a alguien que pueda dar solución a su problema. Cristo está con nosotros en dondequiera que estemos. No tenemos que ir a algún lugar céntrico para adorar a Cristo tampoco. Nos ha prometido que en cualquier lugar donde hay dos o tres reunidos en su nombre, él está en medio de ellos. En el sacramento inclusive se hace presente en la forma de su cuerpo y sangre físico, para consolar y dar seguridad a su pueblo. No importa en dónde se celebra la Santa Cena, Cristo está allí para dar la comida de su cuerpo y sangre para asegurar a sus creyentes el perdón de sus pecados. Y esto sucede en todos los miles de lugares alrededor del mundo en donde se celebra la Santa Cena en cualquier día dado.

Esta promesa de que estará con nosotros hasta el fin del mundo también nos garantiza que el de quien solicitamos auxilio y consuelo realmente entiende nuestros problemas. No es como un oficial en un capital lejano, que no entiende la realidad que viven los pobladores de provincia, ni como los oficiales de la corte española que desconocían la realidad del virreinato del Perú en los días antes de la independencia. El Cristo ascendido es un rey que gobierna todo, pero a la vez está presente en todos los lugares con todo su pueblo. Podemos acudir a él en donde estamos, con plena confianza de que él nos puede escuchar, y que conoce nuestra situación y necesidades, y que como el rey exaltado que está sentado a la diestra de Dios tiene los recursos necesarios para suplir todas nuestras necesidades. Seguramente,

tenemos gran motivo para gozo en la ascensión por la presencia permanente de Cristo con nosotros.

Nuestra segunda razón por gozo en la ascensión es que Jesús nos llevará para estar con él en el cielo. El regreso de Jesús fue garantizado no sólo por sus propias palabras, sino también por el mensaje de los ángeles cuando ascendió. Mientras los discípulos miraban hacia arriba al lugar donde Jesús había sido ocultado de ellos con una nube, los ángeles les dijeron: “Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo”.

Como Jesús había sido llevado de ellos en forma visible, así aparecería otra vez visiblemente. Como había sido ocultado en una nube, otra vez aparecería en las nubes del cielo. Ellos mismos estarían presentes para ver esta venida. Vendría para ellos.

Los discípulos con seguridad recordaban las palabras de Jesús mismo: “No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis”.

La ascensión de Jesús así aseguró a los discípulos su propia ascensión. Ellos, en el día final, también subirían al cielo para estar con su Salvador. El Cristo que les había precedido, los tomaría para estar con él y les instalaría en las gloriosas moradas celestiales que él mismo había preparado para ellos. Aun la separación visible no sería permanente.

Había un médico cuya presencia siempre había animado a su esposa, que tendía a ser melancólica cuando él con su carácter alegre no estaba. Cuando el esposo murió, muchos decían que eso mataría a la esposa, pero no sucedió así. La memoria de la asociación con su esposo era demasiado fuerte para romperse aun con la muerte. Sobre la puerta de la sala puso un rótulo que su esposo había usado con frecuencia cuando tuvo que hacer sus visitas a los pacientes: “He salido – vuelvo pronto”. Así la esperanza de ver otra vez a su esposo la consoló y la animó.

En esas cuatro palabras también tenemos buena parte del mensaje de la ascensión. Nosotros también podemos seguir adelante aquí con la seguridad de que veremos a nuestro Señor.

Nuestro texto nos dice que los discípulos adoraron a Cristo y que volvieron a Jerusalén con gran gozo. “Y estaban siempre en

el templo, alabando y bendiciendo a Dios”. Es evidente que una gran razón por esta seguridad y ánimo fue que ellos sabían que verían otra vez a su Señor, y que cuando lo verían, él los llevaría para estar con él.

En ese hecho hallaron la fortaleza para ir hasta los fines de la tierra, para alabar a Cristo y proclamar su evangelio frente a los mayores peligros. Ni siquiera la muerte podía anular estas promesas de su Señor resucitado y ascendido.

Nosotros también tenemos la misma seguridad. No sólo los apóstoles verían a Jesús cuando él viniera. Se nos dice que todos los muertos resucitarán y se presentarán ante el gran rey. Allí todos los que en esta vida han confiado en Cristo como su Salvador, quien con su muerte ha quitado su pecado y su culpa, lo acompañarán para habitar sus mansiones celestiales. Como Job, nosotros también podemos decir del Cristo ascendido que lo veremos con nuestros propios ojos. A nosotros también nos invitará a heredar el reino preparado para nosotros desde antes de la fundación del mundo. Mientras tanto, sirvámoslo con alegría y firme propósito, sabiendo que aun ahora él está con nosotros con su auxilio y consuelo. Volvamos nosotros también a nuestras tareas diarias, llenos con las promesas de Cristo de gozo en su ascensión. Amén.